

EL EJÉRCITO COLONIAL ESPAÑOL EN MARRUECOS. DISTINTAS PERCEPCIONES DEL PROTECTORADO

María Gájate Bajo*

Recibido: 25 Abril 2010 / Revisado: 7 Mayo 2010 / Aceptado: 25 Mayo 2010

El año 1912 marca un hito en la historia de la presencia colonial española en Marruecos. Es entonces cuando, a remolque de Francia, el gobierno de José Canalejas obtiene un Protectorado en la desconocida e inhóspita región del Rif¹. Desde mediados de la centuria anterior, y mucho más intensamente a partir de 1898, el sentimiento africanista venía ganando adeptos entre diversos colectivos peninsulares. A saber: grupos empresariales, fundamentalmente de origen vasco y catalán, que soñaban con las legendarias riquezas minerales de la zona²; en segundo lugar, un ejército anímicamente abatido y socialmente aislado, que contemplaba Marruecos como el escenario en que reconstituirse; y, por último, un rey, Alfonso XIII, educado en los principios más rancios del militarismo prusiano y, a la par, convencido de que el ejército era la más pura representación de la voluntad popular y de que de su presencia al sur de Tarifa pendían la seguridad y honor patrios.

En el momento de gestación de un nuevo orden internacional, aquél que precede al estallido de la Gran Guerra, España logra a muy duras penas sumarse a la carrera imperialista por el reparto de África. Y ello debido a que las relaciones con Francia y Gran Bretaña ejercieron una descomunal fuerza coercitiva en nuestra política exterior. No obstante, tanto en 1860, con motivo de la conocida guerra de Tetuán, como algunas décadas después, al desarrollarse la primera campaña de Melilla de 1893, se había demostrado que el gobierno estaba dispuesto a defender su presencia en el continente africano, especialmente si veía amenazadas sus históricas plazas de soberanía, Ceuta y Melilla.

En 1902, cuando se proyectó un primer tratado franco-español sobre Marruecos muy generoso para España, Antonio Maura se opuso a la firma del mismo por miedo a una posible represalia británica. Sin embargo, dos años después sí que se firmó un acuerdo franco-inglés sobre el reparto del norte de África. Aún así, la diplomacia española no

* Universidad de Salamanca. E.mail: mariagajate@usal.es.

¹ La zona norte del Marruecos español, según lo acordado en 1912, contaba con una superficie de 22.790 kilómetros cuadrados, que representaban una mínima concesión ante los 415.000 kilómetros cuadrados de Protectorado francés. Se trataba de un terreno bastante montañoso, con un régimen hidrográfico muy pobre –únicamente el Muluya y el Lukus tenían un caudal permanente, aunque ríos como el Kert, el Nekur y el Guis riegan valles bastante fértiles– y una climatología poco propicia. La población era de unos 750000 habitantes, con una fuerte densidad de poblamiento –entre cincuenta y cien habitantes por kilómetro cuadrado– y predominio étnico de los beréberes. Vivían en el Protectorado sesenta y seis tribus diferentes y el espacio agrícola aprovechable no representaba más que el 15% de la superficie total, por lo que se puede imaginar que las condiciones de vida de estas gentes eran durísimas.

² La riqueza de la región no llegó a ser tanta como se esperaba. Víctor Morales Lezcano afirma que los recursos minerales de Marruecos constituía un “cebo apetitoso” para los grupos de presión financieros. Sin embargo, los beneficios fueron drenados en su mayor parte hacia otros países europeos, fundamentalmente Alemania, mientras que España se convirtió en “un país geopolíticamente interpuesto entre los dos términos de un circuito”. El gran negocio del Protectorado español en Marruecos fue el abastecimiento del Ejército colonial y de los colonos españoles. Lo que España perseguía era un mercado con el que sustituir al americano, y al mismo tiempo, y por extraño que resulte, continuar la misión evangelizadora iniciada por los Reyes Católicos. Véase Morales Lezcano, Víctor, *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*. Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 70-75.

se resignó y mantuvo un tira y afloja por sus pretensiones africanistas en la Conferencia de Algeciras (1906), en las negociaciones con el Sultán tras la sangrienta campaña de 1909 e igualmente con ocasión de la firma, por fin en noviembre de 1912, del acuerdo franco-español para la creación del tan anhelado Protectorado³.

Desde el principio de su andadura, los militares consiguieron un papel imperante en el control de la organización política y administrativa del territorio. La noción de protectorado suponía la conservación y el respeto de las formas de gobierno tradicionales del reino, aunque tuteladas por los colonizadores, a través de la figura del “interventor”⁴. La meta era arrastrar a los marroquíes hacia la “civilización”. Pero la realidad resultó muy distante de estos presupuestos teóricos: España no tenía una experiencia colonizadora anterior, sino una kilométrica y sanguinaria historia de conquistas, y los militares acabaron “usurpando” la administración directa y absoluta del poder, al menos, hasta 1927. Por otro lado, el caos reinante en la península, con una población por completo desorientada y unos gobiernos a cada cual más incompetentes, también pudo ser aprovechado por la oficialidad del Ejército Africanista para hacer de Marruecos su feudo, un lugar donde enriquecerse y un medio para promocionarse en el escalafón.

Mientras tanto, el soldado raso, tantos y tantos miles de desgraciados, contemplaron el Protectorado con resignación, como un destino fatal en el que se alternaban el tedio, el pánico y donde

las triquiñuelas se convertían en la única vía de escape ante una presentida matanza.

Analizar y comprender la actitud del Ejército de África ante el Protectorado hispano-francés es el objetivo del presente trabajo. Ríos de tinta han corrido sobre este asunto y no es de extrañar si tenemos en cuenta que los africanistas sirvieron como soporte logístico para el posterior alzamiento de 1936. En segundo lugar, nos gustaría también en este trabajo hacer una breve alusión a algunos soldados, de cuyas plumas nos han llegado los más valiosos testimonios literarios de aquella escabechina y del sentir de la tropa.

1. LA CONCIENCIA CIUDADANA ANTE LA GUERRA

El africanismo trasnochado al que ya nos hemos referido, sólo en contadísimas ocasiones logró acaparar el interés popular. Al fin y al cabo, Marruecos era algo ajeno a los intereses personales de la mayoría. Muy pocos comprendían cuál había de ser el papel que España desempeñase en el Rif y tampoco los distintos gobiernos, ni liberales ni conservadores, parecían tener claras las ideas al respecto⁵. Paradójicamente, una vez involucrados en el ambiente de conquista, observamos que la reacción ciudadana ante las intermitentes campañas guerreras no es lineal: se rige por un constante dualismo euforia-tragedia. Así pues, las soflamas en defensa de un honor supuestamente pisoteado se desatan únicamente coincidiendo con los descala-

³ Un extenso repaso de todos los tratados que preceden al acuerdo de 1912 se puede encontrar en: Ramiro de la Mata, Javier, *Origen y dinámica del colonialismo español en Marruecos*. Ceuta, Ciudad Autónoma de Ceuta. Archivo Central, 2001. Para conocer someramente cómo se desarrollaron las campañas militares desde 1859 hasta 1927: Madariaga, María Rosa de, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*. Melilla, Biblioteca de Melilla, 1999.

⁴ Instrumentos auxiliares de las Oficinas de Intervención fueron el “Consultorio de Moros” y la “Escuela de Moros”. El médico y el maestro fueron siempre hábilmente utilizados para el “tanteo político” de las cábilas, pues ambos profesionales gozaron de una notable aceptación entre la población. Para profundizar en las funciones y formación de los interventores, véase Villanova, José Luis, “La formación de los interventores en el Protectorado español en Marruecos (1912-1956)”, en Rodríguez Mediano, Felipe; Felipe, Helena (ed.), *El Protectorado español en Marruecos. Gestión colonial e identidades*. Madrid, CSIC, 2002, 247-280; Villanova, José Luis, “La pugna entre militares y civiles por el control de la actividad interventora en el Protectorado español en Marruecos (1912-1956)”, *Hispania*, LVI/2, 220, 2005, 683-716; y Mateo Dieste, Joseph, “La oficina de intervención como espacio de interacción socio-política en el Muraquib y la cábila: de la ideología colonial a las prácticas cotidianas”, en Rodríguez Mediano, Felipe; Felipe, Helena, op.cit. pp. 139-180. Para profundizar en el repudio de los africanistas hacia el Protectorado civil, véase: Gómez Jordana, Francisco, *La tramoya de nuestra actuación en Marruecos*. Madrid, Editora Nacional, 1976; y también: Mola Vidal, Emilio, *Dar Akkoba. Páginas de sangre, de dolor y de gloria*, en *Obras Completas*. Valladolid, Santarén, 1940.

⁵ A lo largo de todos estos años, tres fueron las grandes opciones estratégicas que se plantearon con relación al Protectorado: la reducción del territorio ocupado a una extensión costera (Maura y Cambó); la ocupación absoluta (Berenguer y Romanones) y el abandono del territorio (Primo de Rivera e Indalecio Prieto). Véase Alonso Baquer, Miguel, “El problema de Marruecos”, en Hernández Sánchez-Barba, Mario; Alonso Baquer, Miguel, *Historia social de las Fuerzas Armadas españolas*, Vol. 5. *La Restauración*. Madrid, Alhambra, 1986 (3ª ed.), 227-257.

bros de nuestras armas, mientras que normalmente lo que prima es un sentimiento de apatía, de absoluto mutismo cuando no miedo hacia cualquier aventura en el exterior. Tal y como subraya el profesor Ramiro de la Mata, si bien los primeros escarceos bélicos, aquéllos de 1860 y 1893, encontraron un caluroso respaldo popular, el escenario cambia después del desastre en el célebre Barranco del Lobo. Ciertamente, se mantienen los gestos de adhesión hacia Alfonso XIII y son muchas las suscripciones abiertas en favor de los combatientes, pero también se empieza a temer la posibilidad de que las luchas se prolonguen indefinidamente y se extiende la incomprensión ante la “aventura” o “fantasía” africanista. Y en efecto, poco tiempo después, la firma del acuerdo hispano-francés sobre el Protectorado no es motivo de un excesivo entusiasmo⁶. El movimiento obrero siente repugnancia ante la marcha de los acontecimientos⁷, mientras que los sectores ideológicamente más conservadores tampoco aprueban un tratado que legitima la preponderancia francesa en Marruecos y que autoriza la internacionalización de Tánger, tal y como venía exigiendo Inglaterra.

Tras los años de inactividad impuesta por la Primera Guerra Mundial, la llegada del general Berenguer a la Alta Comisaría significó la reanudación de las operaciones. Pronto, sin embargo, sus nada fluidas relaciones con el impetuoso general Silvestre, tampoco facilitadas por la maraña administrativa que regía en el territorio⁸, harían que los tradicionales recelos se tornasen en una dantesca pesadilla. Después del desastre de Annual, en 1921, la población pierde sus esperanzas en una solución rápida del conflicto. Contempla cómo la tragedia de Marruecos hace tambalear la economía nacional así como hiere de muerte al corrupto parlamentarismo canovista. Además, el pueblo exige responsabilidades por lo ocurrido y sueña con la liberación de los prisioneros. Pero, ante todo, protesta por el insoportable sistema de reclutamiento y demanda

el urgentísimo retorno de los soldados a sus hogares.

2. EL EJÉRCITO DE ÁFRICA: LA ÉLITE COMBATIENTE

El Ejército de África era un cuerpo muy heterogéneo. Pese al éxito publicitario de la frase de Ortega y Gasset “Marruecos hizo del alma dispersa de nuestro Ejército un puño cerrado”, el faccionalismo militar, con hondas raíces históricas, se intensificó a lo largo de la guerra del Rif. La oficialidad, al igual que la tropa, estaba unida por un sentimiento de camaradería, lógico y esperable ante la brutalidad de la vida en campaña. Pero no se nos debe escapar el hecho de que es en Marruecos donde se perfilan los dos bandos que, posteriormente, se enfrentaron en la Guerra Civil⁹.

Las tradicionales riñas en el ejército eran fruto de los desiguales privilegios de que gozaba cada arma. Frecuentemente la caballería e infantería se creían relegadas ante los cuerpos más técnicos y elitistas, como eran la artillería, ingenieros y el Estado Mayor. Sin embargo, a resultas de las derrotas en Cavite y Santiago, el ejército al completo vivía sumido en un profundo descrédito. El año 1898 supuso un monumental batacazo para su poder político y económico —no se frenó, en cambio, la concesión de privilegios y condecoraciones—, así como el reverdecimiento de un acentuado anticatalanismo. Era un ejército con una absurda desproporción entre mandos y soldados, pésimamente equipado, peor retribuido y sin eficacia en el combate. Además, su creciente intervencionismo político estaba alimentando al viejo fantasma golpista: el ejército era cada vez más empleado en el aplastamiento de tumultos callejeros; y en 1906 logró la aprobación de la controvertida ley de Jurisdicciones. Resultaba evidente su apresurada deriva hacia posiciones ideológicas conservadoras y su distanciamiento de la sociedad civil.

⁶ Ramiro de la Mata, Javier, “España y el Protectorado en Marruecos. Aproximación a un proceso colonial”, *Anales de Historia Contemporánea*, 24, 2007, 291-305.

⁷ Véanse Serrano, Carlos, “El PSOE y las cuestiones coloniales (1890-1914)”, *Hispania*, LVIII/I, 198, 1998, 283-304; Para conocer la reacción socialista con posterioridad a la desbandada española Moreno Juste, Antonio, “El Socialista y el desastre de Annual: opinión y actitud socialista ante la derrota”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 12, 1990, 103-132.

⁸ Villanova, José Luis, *El Protectorado de España en Marruecos. Organización política y territorial*. Barcelona, Bellaterra, Colección Alborán, 2004.

⁹ Remito al lector a las investigaciones de Ramiro de la Mata, Javier, Op.cit. 53-71; y Balfour, Sebastián, *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona, Ediciones Península, 2002, 381-435.

En estas circunstancias, Marruecos se presentó como la panacea para los problemas del elemento militar. El Protectorado ofrecía la posibilidad de dar rienda suelta al espíritu imperialista de muchos oficiales y de hacer brillantes carreras con rápidos ascensos. Mientras, en las guarniciones peninsulares, la oficialidad menos aventurada estaría condenada a llevar una vida mediocre. Su descontento profesional y malestar económico fraguó, en 1917, en el movimiento de las Juntas de Defensa.

La identidad africanista empezó a gestarse en la campaña de 1909. Es entonces cuando se hace patente el fracaso de los ejércitos expedicionarios como método de ocupación de Marruecos y, consecuentemente, la necesidad de recurrir al apoyo de las tropas indígenas y a los voluntarios extranjeros; se consolidó con el desarrollo de la campaña responsabilista posterior a Annual y también a consecuencia del enfrentamiento con las Juntas y con la sociedad civil, cuyas protestas venían encabezadas por el partido socialista; y, finalmente, se convirtió en el grupo hegemónico del Ejército tras el famoso desembarco en Alhucemas¹⁰.

Bastantes africanistas hicieron de Marruecos el paraíso de la corrupción y del favoritismo. Sus preocupaciones y desvelos en pocas ocasiones se dirigieron a mejorar la calidad de vida de sus tropas. Su intereses siempre fueron otros: o bien explotar la “gallina de los huevos de oro” o bien satisfacer sus egos logrando ascensos meteóricos como pago a su ardor guerrero. Los primeros, como nos recuerda Madariaga, fueron los bautizados en la península como “caponíferos”. Consiguieron significativas cantidades de dinero a través del pluriempleo, de la venta de armamento a los marroquíes y también desviando un porcentaje de los fondos públicos dedicados a la construcción de carreteras y cuarteles, así como al suministro de víveres, a las manos del oficial de turno. Probablemente, el más célebre de todos estos chanchullos fue el conocido como escándalo del millón de Larache. Además, cuando sobrevino el desastre en Annual, muy pocos de estos oficiales lucharon por mantener la moral elevada entre los soldados a su cargo e, incluso, no dudaron en desprenderse de sus insignias, sabedores de que el odio rifeño se cebaba contra la oficialidad.

Mientras, los segundos, presentados frecuentemente en la prensa como héroes de leyenda, recibían el apodo de “jabatos”. Como apunta el hispanista Sebastián Balfour¹¹, se creyeron caballeros cristianos de la España medieval, lamentable error que también se le pudo achacar al monarca. En particular, los oficiales al mando de las tropas de élite practicaron un disoluto estilo de vida y cultivaron una ideología fundamentada en el culto extremo hacia la violencia, la creencia en la redención tras la muerte en el frente y un exacerbado machismo. Curiosamente, fue este fanatismo guerrero el que les indujo a rechazar siempre el empleo de armas químicas en el Rif. Ellos anhelaban la gloria, las laureadas y, en definitiva, la guerra como forma ideal de existencia.

Un tercer grupo a destacar, aunque lamentablemente minoritario, fue el constituido por algunos oficiales al mando de las fuerzas de policía. Hicieron gala de un carácter respetuoso cuando no de honesta admiración hacia los marroquíes.

3. EL EJÉRCITO DE ÁFRICA: EL CONTINGENTE DE SOLDADOS

Por contraposición a los oficiales, el contingente español de soldados, procedente de las levas, solía contemplar Marruecos con estoicismo. Miseria y embrutecimiento son los términos más abundantemente empleados para definir a estos hombres. De hecho, el injusto sistema de reclutamiento hacía de la guerra una moderna forma de esclavitud para el pobre. La ley de Reclutamiento y Reemplazo de 1885 permitía, en efecto, la sustitución personal y la redención en metálico mediante el pago de 1.500 pesetas. Años después, en 1912, y con la reforma del sistema de reclutamiento del general Luque, fue creada una nueva figura legal: el soldado de cuota. Aunque esta nueva ley no abolió la redención a cambio de dinero, obligó a todos los reclutas a cumplir un mínimo de cinco meses de servicio militar, pudiéndose librar del resto del mismo previo pago de una cantidad. Además, los “cuotas” eran forzosamente movilizados en tiempos de guerra o bajo circunstancias juzgadas como excepcionales. Sin embargo, la estancia de éstos en campaña resultó más plácida que la de los soldados de haber. El objetivo de esta ley de reclutamiento

¹⁰ Mas Chao, Andrés, *La formación de la conciencia africanista en el Ejército español (1909-1927)*. Madrid, SGE, 1988.

¹¹ Balfour, Sebastián, Op. cit. 327.

fue aumentar el contingente capaz de asumir la aventura marroquí. No obstante, siempre hubo medios para evadirse del infortunio: los poderes caciquiles podían lograr una declaración de inaptitud para sus allegados, al igual que las comisiones médicas de reclutamiento podían ser compradas o chantajeadas para facilitar falsos informes. Por último, durante estos años funcionaron multitud de agencias de deserción que suministraban a los interesados la documentación necesaria y un pasaje para América¹².

Sólo durante los meses que siguieron al casi completo hundimiento de la Comandancia General de Melilla, el deseo de venganza se apoderó de los reclutas de las clases medias, la mayoría “cuotas” no lo suficientemente familiarizados con las penurias de la vida en campaña, pero no ocurrió lo mismo entre los soldados pobres, que siempre estuvieron obsesionados con la idea de retornar lo antes posible a sus domicilios.

Desde los puertos andaluces los quintos eran embarcados, en deplorables condiciones de hacinamiento, hacia Melilla. Allí el adiestramiento era pésimo, pues los instructores estaban desbordados por el trabajo. El servicio en África suponía tres años de dolores y enfermedades (y más tiempo si se recargaba por mala conducta), pese a que la autoridad militar se esforzase por no ocupar a los peninsulares en el frente de batalla¹³. En los blocaos eran normalmente empleados en el acompañamiento de convoyes portadores de agua y alimentos y en otros servicios auxiliares. Pero, evidentemente, no pudieron escapar de la carnicería de 1921.

En los blocaos, el aburrimiento era el sentimiento dominante. Resulta difícil imaginar la enorme distracción que acarrea la aparentemente anecdótica llegada del correo. En los campamentos de primera línea del frente, aunque las comodidades eran mayores, el sueño siempre resultaba dificultado por los cambios de guardia, los mosquitos, las ratas, los aullidos de los chacales, los crujidos de los catres del burdel ambulante, los insultos

rifeños... Los demonios del hambre y, sobre todo, la sed dominaban las vidas de estos hombres. Consagraban todo su ingenio a evadir los peligros del combate. Para ello, buscaba el “tiro de suerte”, que sin dañarle órganos vitales, le permitiese alejarse por un tiempo de la primera línea, se provocaba úlceras, simulaba padecer gonorrea o acudía a los prostíbulos en busca, no de compañía, sino de enfermedades venéreas. Únicamente servían como entretenimientos la lectura o el cine, mientras que el juego, el sexo y el alcohol, día tras día, se adueñaban de más mentes. En raras ocasiones disponían de la ropa o el calzado apropiados. Y las condiciones higiénicas, al igual que la comida de los campamentos eran deplorables. Evidentemente, el número de enfermos alcanzaba cifras escalofrantes, sobre todo víctimas del paludismo, y para colmo de males, difícilmente podían curarse en los precarios hospitales entonces existentes.

Ante esta apabullante realidad, se comprende perfectamente el odio hacia el servicio militar y el bajísimo estado moral de las tropas, que impulsaba a algunos a optar por el suicidio. Quizás, el más significativo ejemplo de acto sedicioso de la tropa fue el que se produjo en Málaga, en el momento del embarque, en agosto de 1923.

4. LAS “NOVELAS” DE LA GUERRA

Desde que se inició el siglo XX, las campañas de Marruecos sirvieron como materia de inspiración para muy dispares géneros literarios, ya fuesen ensayos, crónicas, dramas o novelas¹⁴. De todos ellos, la crónica fue el más cultivado. No debe sorprendernos: a todo periódico con un mínimo de prestigio le gustaba presumir de poder enviar a uno de sus corresponsales para informar sobre la contienda. No obstante, es sin duda en las novelas donde el conflicto rifeño alcanzó su más brillante expresión. Y tres son las obras a las que todo el mundo reconoce como ejemplares: *Imán*, de Ramón J. Sender; *El Blocao*, del hoy desconocido José Díaz Fernández; y *La Ruta*, de Arturo Barea.

¹² Madariaga, María Rosa de, Op. cit. 272-277.

¹³ Sobre la tradicional aversión popular a las levadas militares, véase Fernández Vargas, Valentina, *Sangre o dinero. El mito del Ejército nacional*. Madrid, Alianza, 2004.

¹⁴ González Pérez, Bernardino, *Narrativa española en torno a la guerra de Marruecos*. Tesis doctoral microfilmada, Universidad de Oviedo, 1992; López Barranco, Juan José, *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*. Madrid, Marenostrum, 2006; López García, David, *El blocao y el Oriente. Una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí*. Murcia, Universidad de Murcia, 1994; Vargas, Alejandro, *La guerra de Marruecos en la literatura*. Málaga, Editorial Algazara, 2001.

Pese a que deben ser empleadas con mucha cautela por el historiador, su fuerte componente autobiográfico y crítico las convierte en valiosas e indispensables canteras de datos para el investigador. Resultan todas ellas particularmente útiles para conocer la actitud de los soldados rasos ante la guerra, para indagar en la miseria de la condición humana. Ninguno de los autores esconde su desprecio hacia el salvajismo enemigo ni su patriotismo, inherente a la camaradería que impera entre la tropa (aunque no con sus superiores). Pero niegan la destreza española para gestionar un protectorado. Como notas comunes, cabe destacar que los tres escritores nacieron en fechas cercanas a 1898; los tres aluden a su experiencia personal como soldados de reemplazo; y, además, en sus obras exhiben un estilo muy parco y directo, huyen de los artificios. No encontramos héroes ni narraciones épicas. No se lamentan, desde una perspectiva política, ante las derrotas militares, sino que muestran su rabia ante el maltrato constante que esclaviza al soldado.

Imán es una de las producciones más desgarradoras del gran Ramón J. Sender, quien permaneció en el Protectorado entre los años 1923-1924 como alférez de Ceriñola. Tuvo tal impacto social que se agotó inmediatamente después de su publicación en 1930. Así que muy pronto salió una segunda impresión de 30.000 ejemplares, record admirable en un país tan poco amante de la lectura. Sender se mostraba orgulloso por haber propiciado con este libro la caída de la monarquía¹⁵. Pese a su evidente inmodestia, lo cierto es que *Imán* conmocionó al público, tal vez por su exaltado clima apocalíptico. El novelista narra la larga huida de Vianca, un herrero aragonés, de Igueriben a Annual, de allí a Drius, después a Tistutin y finalmente, hasta Zeluán. A Sender le debemos la visión más vívida y cruda de lo que supuso aquella esquizofrénica marcha. Los soldados pierden su personalidad y la violencia alcanza tales extremos que, en muchos momentos, parece irreal. La deshumanización, el hambre, el sentimiento de profunda soledad y la lucha por la supervivencia son los temas centrales de este libro. Sender, en definitiva, protesta ante el hecho de que una buena parte de la juventud española vaya a Marruecos para defender

unos incomprensibles intereses coloniales y económicos:

“Es la guerra. Esto es la guerra. La banderita en el mástil de la escuela, la Marcha Real, la historia, la defensa nacional, el discurso del diputado y la zarzuela de éxito. Todo aquello, rodeado de condecoraciones, trae esto. Si aquella es la patria, esto es la guerra: un hombre huyendo entre cadáveres mutilados, profanados, los pies destruidos por las piedras y la cabeza por las balas”¹⁶.

De este modo, *Imán* se convierte en una invocación contra la guerra, y ello pese a que el autor concluye que la violencia está inscrita en lo más profundo del ser humano.

Otra interesantísima visión del conflicto, desde un claro enfoque existencialista, es la que nos ofrece José Díaz Fernández –incorporado a partir de 1920 al batallón expedicionario del Regimiento de Infantería de Tarragona– en *El Blocao*. Es este libro –publicado en 1928– el testimonio de una guerra absurda y destructora de las esperanzas de la juventud. A lo largo de siete capítulos, sin mayor relación argumental que la derivada de la atmósfera guerrera, el blocao aparece como sinónimo de aburrimiento, soledad y desidia. Los soldados son transformados en aparatos mecánicos y vacíos de su humanidad.

Por último, *La Ruta* es la segunda parte de la obra de Arturo Barea *La forja de un rebelde* y, sin duda, la novela más interesante y con un enfoque más personal sobre el conflicto marroquí. Son muchos los que consideran la trilogía, escrita con una finalidad casi terapéutica por alguien que vivió siempre como un desclasado, una obra maestra de gran mérito literario y fundamental para comprender la historia española desde comienzos de siglo y hasta 1939. Fue tan colosal su éxito que Barea, de formación autodidacta, llegó a ser propuesto para el Premio Nobel. Primeramente fue publicada en inglés, en Londres, entre 1941 y 1946; y después en español, en Buenos Aires, en 1951. Sin embargo, hasta la tardía fecha de 1977 no apareció en España. Como en los casos anteriores, también éste es un libro impregnado de hastío y angustia. No obstante, su densa carga costumbrista, y también anecdótica, hace que adquiera un valor documental superior a las obras ya citadas.

¹⁵ Sender, al ser entrevistado por la revista *Historia 16* en 1976, declaró que un error fatal de Alfonso XIII fue el hecho de confundir un ejército real con un ejército nacional. Creía que el monarca había vivido ajeno a su época.

¹⁶ Sender, Ramón J., *Imán*. Barcelona, Destino, 2003, 190.

Barea, que permaneció en Marruecos como sargento de ingenieros entre 1920 y 1924, habla de Xauen, Tetuán, Larache, Alcazarquivir, Ceuta y Melilla, de sus rasgos arquitectónicos, sus gentes, costumbres, ambientes... En todo momento defiende la libertad del pueblo rifeño para regir sus destinos, al tiempo que cuestiona el derecho español a imponer una más que dudosa superioridad cultural:

“Cada soldado, cogido en el mecanismo de un Ejército se pregunta a sí mismo en la víspera de ir al frente: ¿Por qué? [...] ¿Por qué tenemos nosotros que luchar contra los moros? ¿Por qué tenemos que “civilizarlos” si no quieren ser civilizados? ¿Civilizarlos a ellos, nosotros? ¿Nosotros, los de Castilla, de Andalucía, de las montañas de Gerona, que no sabemos leer ni escribir? Tonterías. ¿Quién nos civiliza a nosotros?”¹⁷.

La guerra de Marruecos es estúpida e infructuosa, los desvergonzados mandos se dedican a llenar obsesivamente sus bolsillos, se educan futuros dictadores... Y mientras, el soldado español sobrevive a duras penas, la guerra es un mal irremediable al que llega a acostumbrarse. Gracias a *La Ruta* sabemos que el erotismo se convierte en tema central de casi todas las conversaciones; conocemos con muchísimo detalle la pillería empleada por los soldados para eludir el combate; tenemos noticias del estado de los reclutas al incorporarse a la Comandancia de Ceuta —su caracterización física y procedencia regional, el hambre y la ignorancia como notas comunes, las novatadas, la situación de los “cuotas”, el miedo hacia el Tercio—; El autor también reflexiona sobre la prensa leída por el ejército, la actitud de las Juntas de Defensa, la penuria de los servicios sanitarios y la ausencia de buenos recursos cartográficos; lamenta la situación de los prisioneros de Abd-el-Krim y las consecuencias derivadas del Informe Picasso... Barea se refiere a Marruecos como a una pesadilla, una desgracia. Desde las primeras páginas de *La Ruta* las conclusiones de este excepcional testigo del conflicto rifeño son claras:

“Durante los primeros veinticinco años de este siglo Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos”¹⁸.

Poco se puede añadir a esta contundente declaración. Este sobresaliente novelista no puede menos que sentir nostalgia por el espíritu de tolerancia de períodos anteriores de la historia hispano-musulmana.

La barrera entre historia y literatura, como ya habrá comprobado el lector, no resulta siempre fácil de trazar. De hecho, se convierte en una labor espinosa cuando abordamos un conflicto tan dramático como el del Rif. Pero, aún así, pensamos que podría sernos de utilidad complementar el habitualmente frío dato histórico con las apreciaciones subjetivas de estos tres escritores: ellos vivieron esa pesadilla, ¿por qué no prestar atención a sus testimonios?

5. PRÓXIMA PARADA: EL OLIMPO DE LOS DIOSES

Tras el hundimiento de la Comandancia General de Melilla, el Ejército de África abandonó su improductivo sistema de blocaos aislados en favor de un nuevo método de avance, basado en el recurso a unidades móviles que vivían del pillaje y la extorsión. Por otro lado, Annual echó por tierra la confianza que hasta entonces se había depositado en los soldados indígenas como fuerza de avance, pues su defección fue una de las principales causas del desorden que se impuso en las operaciones de retirada de julio de 1921. Dado que el contingente de legionarios no resultaba suficiente y los soldados procedentes de las levas tenían un grado de instrucción sólo equiparable a su pésima motivación, se buscaron métodos alternativos de combate: el recurso a las armas químicas. La iperita se empleó en enormes cantidades entre 1924 y 1926. Pero los “gases de la guerra” no fueron el elemento concluyente en la victoria africanista¹⁹.

¹⁷ Barea, Arturo, *La Ruta*. Barcelona, Plaza y Janés, 1986, 70.

¹⁸ Barea, A, Op. cit. 33.

¹⁹ La historia del empleo de armas químicas no resulta nada fácil de precisar y son poquísimos los historiadores que han investigado este asunto. Las restricciones del Tratado de Versalles en relación tanto con su fabricación como con la conservación de *stocks* y empleo de los mismos fueron sistemáticamente incumplidas. Aunque habitualmente se conocían como “gases de la guerra”, en realidad, casi todos eran líquidos de volatilidad variable. Cuanto mayor fuese la temperatura, proporcionalmente mayor sería la volatilización y, en consecuencia, menor su persistencia. De ahí que se procurase su empleo durante la noche. El más habitualmente utilizado fue la iperita o gas mostaza, seguido de la cloropicrina y el fosgeno. Si bien su empleo parece remontarse a 1921, después de la masacre de soldados de Monte Arruit, Alfonso XIII ya había entablado desde 1918 contactos con Alemania para poder poner en marcha aquí su fabricación. Véase Madariaga, Rosa María de; Lázaro Ávila, Carlos. “Guerra química en el Rif (1921-1927)”, *Historia 16*, Año XXVI, 324, 2003, 50-85.

El apoyo que el Ejército colonial prestó a Primo de Rivera pudiera resultar, a bote pronto, incomprensible, ya que sus ideas abandonistas eran sobradamente conocidas y sus exaltados discursos sobre la cuestión le habían ocasionado más de un disgusto. A él históricamente se le atribuye el siguiente comentario:

“España en este caso se asemeja a un viudo a quien la esposa diera muchos disgustos. Y a poco de perderla y costear, arruinándose, los gastos del entierro, decidiera casarse de nuevo con otra menos rica y de peor carácter”²⁰.

Sin embargo, Primo de Rivera apostaba firmemente por acabar con todo el ambiente responsabilista. Además, mostraba un rechazo casi enfermizo hacia la clase política española, sentimientos ambos compartidos con la oficialidad africanista. Tras el exitoso desembarco aéreo-naval de Alhucemas y la ocupación de Axdir, sede del recién fundado Estado Rifeño²¹, el debate sobre el Informe Picasso quedó definitivamente enterrado y el conglomerado africanista se convirtió en un poderosísimo grupo de presión política: en ellos se reencarnó, finalmente, el viejo fantasma golpista.

BIBLIOGRAFÍA

- Almuiña Fernández, Celso, “El Desastre de Annual (1921): su proyección sobre la opinión pública española”, *Investigaciones Históricas. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea*, 8, 1988, 181-245.
- Alonso Baquer, Miguel, “La guerra hispano-americana de 1898 y sus efectos sobre las instituciones militares españolas”, *Revista de Historia Militar*, Año XXVII, 54, 1984, 127-151.
- Bachoud, Andrée, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Madrid, Espasa-Calpe, 1988.
- Balbé, Manuel, *Orden público y militarismo en la España Constitucional (1812-1983)*. Madrid, Alianza, 1983.
- Balfour, Sebastián, *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona, Ediciones Península (Historia, Ciencia y Sociedad), 2002.
- Barea, Arturo, *La forja de un rebelde*. Barcelona, Plaza y Janés, 1986.
- Boyd, Carolyn P., *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*. Madrid, Alianza, 1990.
- Busquets Bragulat, Julio, *El militar de carrera en España*. Barcelona-Caracas, Ariel, 1967.
- Cardona, Gabriel, *El poder militar en la España contemporánea hasta la Guerra Civil*. Madrid, Siglo XXI, 1983.
- Carrasco González, Antonio M., *La novela colonial hispanoafriicana. Las colonias africanas de España a través de la historia de la novela*. Madrid, Casa de África, 7, Sial Ediciones,
- Desvois, Jean-Michel, “La prensa frente al Desastre de Marruecos, de Annual a Monte Arruit”, en VVAA, *Metodología de la Historia de la prensa española*. Madrid, Siglo XXI, 1982, 233-244.
- Díaz Fernández, José, *El blocao*. Madrid, Viamonte, 1998.
- García, Dionisio, “El desembarco de Alhucemas”, *Serga. Historia militar del siglo XX*, 7, 2000, 49-54.
- García Moreno, José F., *Servicio militar en España (1913-1935)*. Madrid, Servicio de Publicaciones del EME, 1988.
- González Pérez, Bernardino, *Narrativa española en torno a la guerra de Marruecos*. Tesis doctoral microfilmada, Universidad de Oviedo, 1992.
- Hernández Sánchez-Barba, Mario; Alonso Baquer, Miguel (coords.). *Historia social de la Fuerzas Armadas españolas*, Vol. V. *La Restauración*. Madrid, Alhambra, 1986.
- Hidalgo de Cisneros, Ignacio, *Cambio de rumbo*. Vitoria-Gasteiz, Ikusager Ediciones, 2001.
- La Porte, Pablo, *La atracción del imán. El Desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

²⁰ Bachoud, Andrée, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*. Madrid, Espasa-Calpe, 1988, 135.

²¹ Quien esté interesado en los aspectos técnicos y estratégicos del desembarco de Alhucemas puede ver García, Dionisio, “El desembarco de Alhucemas”, *Serga. Revista de Historia militar del siglo XX*, 7, 2000, 49-54.

- “Marruecos y la crisis de la Restauración, 1917-1923”, *Ayer*, 63, 2006, 53-74.
- López Barranco, Juan José, *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*. Madrid, Marenostrium, 2006.
- López García, David, *El blocao y el oriente. Una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí*. Murcia, Universidad de Murcia, 1994.
- Madariaga, Rosa María de, “Algunas consideraciones sobre el Estado Rifeño”, en Loring García, M.I. (ed.), *Historia social, pensamiento historiográfico y Edad Media. Homenaje al profesor Abilio Barbero*. Madrid, Ediciones del Orto, 1997, 511-536.
- *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*. Melilla, La Biblioteca de Melilla, 1999.
- *Los moros que trajo Franco... La intervención de las tropas coloniales en la Guerra Civil*. Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 2002.
- *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Madrid, Alianza Editorial, 2005.
- “La guerra colonial llevada a España: las tropas marroquíes en el Ejército franquista”, en González Alcantud, J.A. (ed.), *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*. Barcelona, Anthropos, 2003, 58-94.
- Madariaga, Rosa María de; Lázaro Ávila, Carlos, “Guerra química en el Rif (1921-1927)”, *Historia 16*, Año XXVI, 324, 2003, 50-85.
- Mas Chao, Andrés, *La formación de la conciencia africanista en el Ejército español (1909-1926)*. Madrid, SGE, 1988.
- Menéndez Pérez, Jesús, “La guerra de Marruecos en la novelística española”, *Estudios africanos*, vol. XIV, 25-26, 1999-2000, 125-145.
- Miralles García, Enrique, “La guerra de la escritura: elecciones discursivas de los escritores-soldados en la campaña militar sobre Marruecos (1920-1924)”, *Salina*, 19, 2005, 115-120.
- Morales Lezcano, Víctor, *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*. Madrid, Siglo XXI, 1976.
- Moreno Juste, Antonio, “El Socialista y el desastre de Annual: opinión y actitud socialista ante la derrota”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 12, 1990, 103-132.
- Regan, Geoffrey, *Historia de la incompetencia militar*. Barcelona, Crítica, 1989.
- Salas Larrazábal, Ramón, *El Protectorado de España en Marruecos*. Madrid, MAPFRE, 1992.
- Sánchez Marco, Luis José, “La identidad nacional y la guerra de Marruecos” en VVAA, *III Actas de historia de Llerena*. Llerena, 2002.
- Seco Serrano, Carlos, “Relaciones entre la corona y el Ejército”, *Revista de estudios políticos*, 55, 1987, 27-54.
- Sender, Ramón J., *Imán*. Madrid, Destino, 2003.
- Serna, Alfonso de la, *Al sur de Tarifa: España-Marruecos, un malentendido histórico*. Madrid, Marcial Pons, 2001.
- Serrano, Carlos, “El PSOE y las cuestiones coloniales (1890-1914)”, *Hispania*, LVIII/I, 198, 1998, 283-304
- Sueiro Seoane, Susana, *España en el Mediterráneo. “Primo de Rivera y “la cuestión marroquí” (1923-1930)*. Madrid, UNED, 1992.
- Vargas, Alejandro, *La guerra de Marruecos en la literatura*. Málaga, Editorial Algazar, 2001.
- Villanova, José Luis, *El protectorado de España en Marruecos. Organización política y territorio*. Barcelona, Bellaterra. Colección Alborán, 2004.
- “La pugna entre militares y civiles por el control de la actividad interventora en el Protectorado español en Marruecos (1912-1956)”, *Hispania*, LXI/2, 220, 2005, 683-716.
- Woolman David S., *Abd-el-Krim y la guerra del Rif*. Barcelona, Biblioteca Tau, 1971.